MANUEL RAMOS OTERO: *El cuento de la mujer del mar*. Río Piedras: Ediciones Huracán, 1979.

Aunque podemos hablar de una cuentística nacional ya para fines de 1930 y de buenos cuentos aislados incluso antes, el cuento moderno puertorriqueño nace hacia el segundo lustro de la década de 1940, cuando José Luis González, Abelardo Díaz Alfaro y René Marqués comienzan a publicar sus primeras colecciones. Los cuentos de esa generación —generación del 40 para unos y del 50 para otros— están marcados por un ávido compromiso social. Sea con el simbolismo y el pintoresquismo de Díaz Alfaro o el realismo socialista de González o la añoranza y el existencialismo de Marqués, esa generación marca y determina años de nuestra narrativa. Tras la abundante y valiosa producción de esta generación, el cuento puertorriqueño parecía tener una sola alternativa: dar testimonio de un mundo sociopolítico que parecía ir transformándose o desapareciendo día a día. Y ese testimonio, a pesar del pintoresquismo cuasi decimonónico de unos o la angustia filosófica entonces contemporánea de otros, era un testimonio realista, tan realista que, a veces, hasta podía parecer naturalista y aun inefectivo.

En cuerpo de camisa (1966), Luis Rafael Sánchez anuncia cambios en la cuentística boricua. Sánchez, artista innovador, pero hijo legítimo de obvios padres literarios, es figura de transición entre dos generaciones, la de González, Marqués y Díaz Alfaro, y la de los jóvenes que a partir de 1971 empiezan a dar al público obras que ya hablan de mundos y maneras distintos: Tomás López Ramírez, Rosario Ferré, Carmelo Rodríguez Torres y, sobre todos, quizás, Manuel Ramos Otero.

Ramos Otero, como los otros miembros de su generación, decide acercarse al mundo puertorriqueño y su problemática desde una perspectiva distinta a la de los autores de la generación mayor. Cansados ya de su realismo, a veces simplista, e influidos por el gran apogeo de la narrativa hispanoamericana —por Cortázar mayormente en el caso particular de Ramos Otero—, estos jóvenes autores buscan un acercamiento oblicuo, imaginativo, cuando no sencillamente irreal, con el cual confrontar e interpretar nuestra realidad. Pero recordemos que esa realidad misma muchas veces se ofrece con cara de increíble irrealidad. ¿Dónde más se puede dar una alcaldesa que importa nieve al trópico para educar a los niños sobre lo que es el invierno o una cámara legislativa que respalda por unanimidad (sólo hubo

una abstención) la agresión estadounidense en Vietnam? Esta nueva generación tiene a mano un mundo maravillosamente absurdo y amargamente real. Esta increíble realidad nacional parece estar en espera de autores que la describan. Pero aunque ése sea dictamen viejo en la literatura hispanoamericana (Hispanoamérica como novela sin novelistas), en nuestro caso parece hacerse más dramático y obvio: Puerto Rico es un cuento absurdo en busca de cuentistas cuerdos.

Con cordura, Manuel Ramos Otero se ha ido aprovechando de la podredumbre y el absurdo social puertorriqueños desde su primer libro, *Concierto de metal para un recuerdo...* (1971). En su segundo libro, *La novelabingo* (1976), parecía olvidar esa realidad putrefacta y sin sentido que siempre enfocaba —no uso el verbo caprichosamente: el cine es una de sus obsesiones— desde un ángulo distorsionador, para concentrarse, en cambio, en el manejo del lenguaje artificioso que lo acercaba a la poesía. (Ramos Otero es también poeta.) *El cuento de la mujer del mar* es una síntesis de sus primeros dos libros. Por un lado, en esta colección encontramos a un autor profundamente preocupado por sus herramientas artísticas. «Inventario mitológico del cuento» es un largo diálogo con Cortázar, su modelo principal. Señalo de paso que los cuentos de Ramos Otero tienen mayor semejanza con los ensayos de Cortázar que con los cuentos de este mismo autor. Pero este diálogo con Cortázar es un *ars poetica* y una clave necesaria para entender el resto de su nuevo libro. Pero, por otro lado, en *El cuento de la mujer del mar* Ramos Otero también se vale, en forma altamente imaginativa, de material obtenido directamente de nuestra realidad. Por ejemplo, el regreso de un líder político en decadencia y el absurdo de una elección colonial sirven de marco narrativo a un cuento, «Peregrinación por un eclipse», donde se presenta un cuadro fidedigno de nuestra realidad, aunque no se habla directamente de ella. «La última plena que bailó Luberza», «Romance de Clara Gardenia Otero» y «El cuento de la mujer del mar» parten de figuras históricas —Isabel, la Negra, Clara Lair, Julia de Burgos: dos poetas y una figura cuasi mitológica de nuestro mundo—, pero son fieles a nuestra realidad no porque intenten retratarla directamente, sino porque la distorsionan. Vuelvo a recordar que nuestra realidad misma rompe los cánones de eso que llamamos realidad. Por tanto, la irrealidad de la narración es el retrato más fiel que el narrador nos puede dar. Sólo que Ramos Otero, como buen cuentista de nuestros días, también mezcla la narración que va creando con el mundo narrado, sumando así más irrealidad a lo real ya distorsionado:

Tuvo la certeza quel (*sic*) cuento era su laberinto inescapable, y ya no supo si aquel olor podrido era signo, si el perfume de anturos azules y heliconias pálidas llegaba de las páginas o del cadáver, si al fin lo traicionaba la vida o *El cuento de la mujer del mar* (p. 116).

Con este libro Ramos Otero se asegura un lugar prominente en su generación. Nos molestarán ciertas libertades ortográficas que emplea, cierta incapacidad para distinguir entre lo privado y lo narrado, ciertas soluciones fáciles (¿por qué llamar a un personaje menor Fabrizio Mussolini?), pero a pesar de esas molestias no podremos negar que *El cuento de la mujer del mar* es una contribución importante a la narrativa puertorriqueña.

EFRAÍN BARRADAS

University of Massachusetts/Boston.